

## EL DESCUBRIMIENTO DE LOS ANIMALES, DESDE EL UNICORNIO HASTA LA ETOLOGIA

---

*José Raventós*

---

Gran parte de los científicos han necesitado otro campo de expresión, además de la propia publicación de los artículos científicos en las revistas especializadas para dar cabida a sus inquietudes.

Esto se hace especialmente evidente en hombres como Arthur Clarke, Ingeniero de Telecomunicaciones y uno de los grandes de la ciencia-ficción inglesa; sólo bastaría recordar que sobre uno de sus cuentos, Stanley Kubrick pudo construir esa maravilla cinematográfica que es 2001, *Odisea del espacio*. Otro campo al que han accedido los científicos es el propio de la reflexión sobre los presupuestos en los que se asienta su quehacer; reflexión en la que han coincidido con los filósofos para dar lugar a esta rama híbrida entre la filosofía y la ciencia que es la filosofía de la ciencia. Con hombres como Curt W. Ceram se empieza a definir claramente un nuevo campo en la expresión científica: "la novela-reportaje de cariz científico". Su obra *Dioses, tumbas y sabios* constituye un claro paradigma de cómo se puede conjugar el rigor científico con una expresión clara y amena para presentarnos una historia de la arqueología que a la par que nos divierte, nos enseña.

En esta última línea se sitúa Herbert Wendt, autor mundialmente conocido después de la publicación de su libro *Tras las huellas de Adán*, traducido a más de veinte idiomas distintos. Tres años más tarde volverá a retomar el tema de las relaciones entre los hombres y los animales en el libro que nos ocupa actualmente: *El descubrimiento de los animales, desde el unicornio hasta la etología* (Ed. Planeta, Barcelona, 1982).

Si Ceram en su libro nos introduce en el fascinante mundo de la arqueología, el libro de Wendt no es ni un tratado clásico de zoología de vertebrados, ni tampoco se limita a contarnos una serie de anécdotas más o menos divertidas sobre el descubrimiento, búsqueda y caza de un determinado animal; mucho menos se respira en su libro ese aire aséptico del mundo de la taxonomía, donde todo está clasificado y la mayor parte de las veces para siempre.

Wendt quiere evitar lo que le pasó a aquel funcionario de la oficina francesa de patentes que a finales del siglo pasado la cerró con la excusa de que *todo ya había sido descubierto*.

La historia de Wendt es la historia de cómo se llegó al descubrimiento de algunos animales, de cómo muchas veces las descripciones de los cazadores y científicos cayeron en el olvido o fueron interpretadas en una forma totalmente distinta porque no estaban en consonancia con las opiniones sostenidas por los zoólogos más influyentes del momento. Todo esto en el conflictivo marco del siglo XIX y primeras décadas del XX, en el que la teoría de la evolución de Darwin, todavía en sus inicios, es sometida a constante prueba tanto por los descubrimientos de la arqueología, cuyos fósiles nos permiten reconstruir seres que ya no existen, como por el de nuevas especies o de otra que se pensaban totalmente extinguidas. Se buscan los eslabones perdidos, se intenta reconstruir el árbol filogenético de las especies acorde con su morfología y su distribución geográfica. En este intento de filogénesis se suceden interpretaciones distintas y aun contradictorias y en ocasiones consideraciones que nada tienen que ver con la biología.

Se va construyendo una estructura donde hay *huecos*; se sospecha que tienen que existir unos animales con determinadas características que permitan relacionar dos órdenes distantes de una misma familia, o se va a la búsqueda de los "missing links" (puntos de unión) entre peces y anfibios, reptiles y aves. . . , búsqueda que se vuelve alucinante; se dibujan en el papel unos animales nunca vistos, pero necesarios para sostener la teoría de la evolución. Por un momento se ha invertido el juego, el zoólogo no busca animales en la selva, se encierra en su gabinete, rodeado de animales disecados y se pone a pensar en estructuras y especies probables pero nunca vistas. . . y lo que sucede con estas quimeras científicas es que en la mayoría de las veces, para su propia sorpresa, se hacen realidad y ni siquiera son tan especialmente raras como se creía como pasó con el *Crossopterigio*, el primer pez que conquistó la tierra, que ha sido pescado y saboreado a menudo por los indígenas de las islas de Anjouan, en pleno siglo XX.

El recorrido de Wendt por el mundo de la zoología es el propio de uno de los naturalistas alemanes más importantes, que en su afán por darnos una visión de la *parte viva* de algunos descubrimientos zoológicos, les sigue la pista desde su mención en Herodoto o Plinio, pasando por los fantásticos libros de historia natural de la Edad Media o la teoría de Darwin o a los últimos descubrimientos de la biología

moderna, sin olvidar los cuadernos de bitácora de los grandes viajeros y exploradores como Marco Polo, Humboldt o el capitán James Cook; introduciéndonos a la par, en las interesantes investigaciones de la fauna que aparece en los grabados de los vasos chinos, los frisos sumerios o las leyendas populares de los pueblos de Asia y Africa, cuyo estudio ha permitido *redescubrir* a los científicos actuales animales que para estas culturas eran tan familiares como lo pueden ser para nosotros el perro o el gato.

El libro se articula a la manera de un tríptico, la primera tabla, nos permite asomarnos a los animales reales que habitan detrás del ave rock, el unicornio o las serpientes marinas descritas por Olaf Magnus en el siglo XVI. En el segundo cuadro las observaciones de los grandes viajeros nos descubren los animales que viven en estos paraísos perdidos de Madagascar, Tasmania o la selva sudamericana. Completándose el conjunto con los descubrimientos zoológicos más importantes ocurridos en el Siglo XX que, en ocasiones, lejos de dejar zanjada una cuestión crean nuevos enigmas, nuevas fábulas, que persisten en la memoria del hombre actual, como la leyenda del Yeti, el terrible hombre de las nieves. En contra de lo que podríamos esperar por el título del libro, al ir descubriendo los animales reales que existen detrás de las leyendas y no se ha cercado el campo de lo maravilloso, sino que aparecen seres si cabe más fantásticos. Pareciera que la Naturaleza se sintiera en la creación de los animales más imaginativa que la mente fabulosa de los hombres. Seres como el *orní-torrico*, participan a la vez de las características de peces, anfibios, reptiles y mamíferos, o estructuras como el ojo parietal (tercer ojo) con el que los anfibios primitivos y los saurios del triásico probablemente solían espiar, desde sus econdrijos en el lodo, lo que sucedía arriba, de forma que podían adivinar la situación. En el cráneo de la mayoría de los reptiles hay restos del mismo ojo pineal. También la glándula pineal del hombre se encuentra en el mismo lugar en que se asentaba antaño el ojo pineal. Precisamente este último residuo de una época en la que los antepasados del hombre vivían en pantanos en forma de saurios, es el punto que el filósofo René Descartes señaló como lugar donde se asienta el alma.

Un aliciente más, si es que no fueran suficientes los textos de Wendt, son las ilustraciones, que en su mayor parte reproducen los dibujos de la *Historia Natural de Gesner*, médico municipal de la ciudad de Zurich e incansable estudioso del mundo animal, que vivió en el Siglo XVII.

A lo largo de todo el libro se percibe un pensamiento que subyace en cada intento del hombre por conocer a los animales que forman parte de su medio ambiente: la responsabilidad del hombre, como ser más evolucionado, de salvaguardar todas las especies de la Naturaleza, para que cada vez queden más lejos los tiempos en que se exterminaban las especies por motivos comerciales, por el orgullo de los cazadores o por los caprichos de los científicos y zoólogos de tener una especie rara, lo cual la mayor de las veces, constituye el primer paso para la desaparición de la especie al sacarla de su medio natural.